

3432

ROUTE, hebdomadaire de la FIJL en France

Année VI Prix 12 frs. N° 183
Rédaction et Administration
4, rue Belfort, Toulouse (Hte.-Gne.)
19 mars 1949

GIROS a
PABLO BENAIGES
C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600

B.D.I.C.



El canto del cisne

El régimen franquista—según propia confesión—contempla actualmente un próximo colapso de no acudir a tiempo la plutocracia americana con su balón de oxígeno.
A falta de lluvias y de cosechas, Franco recurre a la rogativa dolariana: "¡Tres meses más sin empréstitos y nos hundimos!"
Deseamos al Caudillo que fallen sus esperanzas y se cumplan sus presagios.

LA DESOBEDIENCIA

por Luz Meza Cienfuegos
El derecho que el más fuerte ejerce sobre los menos fuertes, determina una cualidad: LA OBEDIENCIA.
La obediencia es el doblegamiento de los débiles frente a los fuertes; es la renuncia al derecho de respetarse a sí mismo; de ajustarse a las necesidades íntimas del propio ser; de regirse por las órdenes internas de sus necesidades, las cuales están plasmas por las leyes inviolables de LA NATURALEZA.
Una educación racional no hace niños obedientes, hace niños responsables.
La responsabilidad presupone la libertad: EL RESPETO PARA SI MISMO, que es respeto a las leyes vitales.
LA OBEDIENCIA ES UNA CUALIDAD NEGATIVA que anula el criterio y destruye la razón.
La obediencia es el instru-

Signos de nuestra EPOCA

Cualquiera que se haya tomado la molestia de seguir a través de los periódicos y demás medios de expresión, el desarrollo y tomas de posesión de las distintas tendencias políticas de la actualidad, ha tenido forzosamente que constatar el cúmulo de contradicciones en que recaen todas ellas consigo mismas.
El hombre capaz de mantener su sangre fría en esta encrucijada, no puede menos que preguntarse si no será éste el siglo de la locura, en el que la razón humana se ha puesto de repente a girar sobre sí misma, atropellándose y confundiendo en un amasijo repleto de incongruencias, no menos necias que perniciosas.
Antes de dedicarnos a resaltar alguna de ellas, concretaremos: la base de la cuestión es un problema de moralidad y coraje, o más bien, de cobardía e inmoralidad. En no poco número de hombres ha calado el principio, que tanto daño está causando, de que «el fin justifica los medios», pero la verdadera contradicción se produce cuando la «práctica», los resultados de ese proceder, vienen a afirmar que los malos caminos sólo conducen a malos fines, porque la finalidad que se persigue ha quedado sepultada, mucho antes, entre las «concesiones» inmorales

por J. Carmona Blanco
ellas, sea la que fuere. Porque la posición de dignidad consiste precisamente en eso, en decidirse por una de ellas y saber defenderla, comportándose de acuerdo con los principios que encarna, hasta el fin.
Se barajan y confunden conceptos, que ayer expresaban ideas concretas, como son Estado y pueblo, nación y clase. Si al fin de esta etapa no nos queda el valor de pegarle fuego a toda nuestra literatura, las generaciones venideras se verán en la imposibilidad de comprendernos. Es preferible ser ignorados que dejar una estela de confusiónismo cuyo único resultado ha de ser perjudicial.
Pero la tarea de todo hombre que se precie de tener una opinión sobre algo no consiste tan sólo en plantear el problema, sino en aportar su parte de solución—ya que el total de ésta ha de ser un conjunto—. Nosotros creemos que la existencia humana está entregada a unas leyes naturales de compensación: cuando la razón se hunde en la aberración amenazando la continuidad, el instinto se rebela con potencia avasalladora, que termina por equilibrar el fiel de la balanza. Esto es lo que ahora está ocurriendo. Lo lamentable es comprobar el tiempo precioso que en ello invierte la Humanidad, porque el progreso—en todos sus órdenes—es fruto de la razón y no del instinto

Perspectivas del problema español

Por Isabel del Castillo
El día 6 de marzo, las J.J. LL. de Limoges, en cooperación con el M.L.E. de la misma localidad, organizaron un acto de propaganda oral, en la Sala Jeanne d'Arc, en el que figuraron como oradores el compañero José Peirats, director de RUTA, y la compañera y escritora Isabel del Castillo.
Damos a continuación la primera parte de las cuartillas leídas por la compañera Isabel del Castillo:

«Compañeros: Hace varios años que no he tomado la palabra en ningún acto público. Varios años que, ganada por el desaliento general me he acostumbrado, primero a pensar hacia dentro, a escribir cada vez con menos entusiasmo y al fin... casi a no pensar. En este mi primer contacto con los compañeros de Francia he querido aportarles aquel ardor que me parecía inagotable, aquel verbo recio de mis actuaciones de Argel que se hallaban cimentados por una fe a primera vista inquebrantable.
Por desgracia, pesan ya sobre mis espaldas—y sobre las vuestras—muchos años de exilio, demasiados años. Nuestra moral habría de ser de hierro para mantenerse intacto... Y no somos de hierro, no soy de hierro sino de pobre carne humana triste y vulnerable.
No quisiera, sin embargo, añadir mi desaliento—y por qué no mi desesperación?—a vuestros sinsabores. Por eso he deseado este acto que puede, vivificado por el ambiente ardiente de la Conferencia Inter-Continental hacer renacer en nuestros corazones la llama de la esperanza. Nuestra organización es grande porque se abraza a un estandarte de libertad y también porque se basa en este lema que debemos meditar profundamente, en todo su alcance, en todas sus inmensas posibilidades: «La emancipación de los trabajadores debe ser la obra de los trabajadores mismos».
La política es de por sí una desviación de la acción sindical. Es decir, que nada puede producirse, nada puede surgir sin la fuerza milagrosa de nuestra vo-

luntad. Un libertario no puede contar con problemáticos apoyos exteriores, no puede creer en nada ni en nadie si no es en sí mismo, sobre todo, y antes que todo. Hombreres de acción, generosos y valientes, los nuestros, los modestos, los anónimos, fundaron esta gran familia del pensamiento libre, regando con su sangre mil páginas de lucha social. Desdeñando los discursos huecos, los trampolines políticos, la nefasta rutina, los nuestros se bastaron siempre, y casi sobraron para construir una obra sindical e internacional gigante asestando golpes mortales y certeros al capitalismo por la acción directa, por el inconformismo... Y hasta en aquellos días gloriosos de julio del 36 los nuestros fueron la llama, la antorcha siempre... Los antimilitaristas empuñaron las armas... y cuando armas no había las improvisaron, las tomaron a punta de lanza y de férrea voluntad... a puñetazos si no había más remedio.
¿Qué ha pasado en nosotros para que se nos haya debilitado la esperanza? ¿Por qué se halla disociado y desorientado el movimiento obrero internacional? ¿Porque nos socava el alma esta terrible prueba de la emigración que con ser tan dura no lo es más que las muchas luchas ya entabladas? ¿Por qué?...
Para mí la respuesta es evidente: la ingerencia política que mediatiza todo, que todo lo retrasa, ha impedido el desarrollo normal de nuestra marcha y ha convertido en seres amorfos y resignados a aquellos que eran invencibles porque tenían el propósito firme de vencer.
Incluyéndose en los movimien-

tos obreros, la política ha conseguido extraviar nuestra atención y apartarnos de nuestra misión solidaria. La política es ya de por sí una lamentable desviación de toda verdadera acción social.
Cuando se incrusta en los movimientos sindicales dando a sus profesionales plena satisfacción a su apetito de mando, el sindicato o el movimiento liberador está de antemano condenado a muerte. Pero en el caso de Iberia, tal vez su aspecto sea más grave, ya que la incapacidad manifiesta de los dirigentes políticos españoles es de tal magnitud que no creemos sinceramente poder hallar mayor ineptitud en ningún país del mundo.
Si el decir la verdad es estar loco, bendita sea la locura
Sirviendo oficial y oficiosamente los intereses de los partidos políticos o más bien, de los cabezallas de cada sector, se ha olvidado no ya la lucha social sino, lo que es más grave, los sacrificados deberes que incumbían sobre todo a la emigración: mantener la moral, intensificar con nuestro aliento la resistencia interior y, en fin, liberar a los hermanos que agonizan desde hace cerca de diez años en las cárceles de España.
Sin espíritu chauvinista alguno hemos de decir, porque ello es la expresión sencilla y recta de la realidad, que nuestro Movimiento ha sido siempre consecuente con sus ideas básicas y ha defendido con la razón, con ese instinto de las realidades que le es propio, las únicas soluciones viables que se imponían, que se siguen imponiendo, que siguen siendo la única ruta abierta al retorno que poseemos.
Nos trataron de utópicos y algunos, con mayor fobia, de locos. Por mi parte no me defendí nunca de esta acusación. Si el decir la verdad, si el estar dispuesto a la acción con todas las consecuencias, si el mantenerse en la van-

Diccionario Enciclopédico

DIÁLECTICA.—teoría marxista inspirada en las doctrinas del filósofo germano Hegel. La dialéctica se apoya en la ley de contraste. Otro de los elementos de la dialéctica es la necesidad de todo fenómeno, según lo cual los grandes cataclismos y las situaciones históricas más adversas son necesarias para impulsar la evolución. Los elementos de la dialéctica son la tesis, la antítesis y la síntesis. La tesis es la evolución propiamente dicha; la antítesis todo fenómeno opuesto a la evolución y la síntesis el supuesto resultado positivo resultante de la oposición entre la tesis y la antítesis.

Según la dialéctica, los grandes horrores de la historia, el imperio de Alejandro el Magno, la Noche de San Bartolomé, la Guerra de los Cien Años, la Inquisición, el aplastamiento de la «Comune» por los versalleses y el propio fascismo son acontecimientos que favorecen al triunfo del socialismo.

Los anarquistas hemos denunciado esta inhumana teoría como «traducción del fatalismo religioso al campo de la economía» (Rocker). Más que nuestras afirmaciones, los hechos nos han dado la razón. Ya no hay apenas quien se atreva a poner en duda que el experimento soviético, llevado a cabo sobre la base de interpretación dialéctica de la historia, no conducirá jamás al mundo hacia el socialismo. Ni que el aplastamiento de la «Commune» por prusianos y versalleses fuese un beneficio para la humanidad por el solo hecho de situar en un plano preeminente a la socialdemocracia alemana, de contenido marxista-dialéctico, sobre el socialismo libertario y federalista de Proudhon.

«Los franceses necesitan azotes. Si ganan los prusianos también ganará la centralización del peor Estado, útil para la centralización de la clase obrera alemana. El predominio alemán cambiará, además, el centro de gravedad del movimiento obrero de Europa de Francia a Alemania. Y hasta tan sólo comparar el movimiento de 1866 hasta el presente en ambos países para advertir que la clase obrera alemana es superior en teoría y en organización a la francesa. Su predominio en el teatro mundial sobre la francesa significaría, al mismo tiempo, el predominio de nuestra teoría sobre la de Proudhon.» (Carlos Marx).

Kropotkin-Malatesta ¿Existe un anarquismo científico?

VI
La concepción kropotkiniana sobre el mundo natural de las especies y sobre el mecanismo de la evolución social representa uno de los aspectos fundamentales del anarquismo. El anarquismo se cimenta y va tomando cuerpo a partir del momento en que se ponen reparos severos a la concepción inhumana de un mundo librado a la ley del más fuerte, a la dictadura y a la brutalidad. Frente a la guerra entre las especies, Kropotkin descubre la ley del apoyo mutuo, el valor de la asociación. Marxismo y anarquismo empiezan a desdoblarse con sus miras particulares. Dos concepciones opuestas empiezan a enfrentarse blandiendo argumentos científicos de calidad. El supremo artífice de una vida libre ya no es sólo la lucha con todas sus consecuencias de brutalidad. La violencia engendra violencia y el más fuerte ya no es el más apto. La violencia por sistema, la doctrina de la violencia, engendra al superhombre y al super-Estado. La violencia como doctrina produce un retroceso de los sentimientos de humanidad. La violencia emparentada con la libertad crea la esclavitud consentida.
Pero se reivindica todavía la asociación, el apoyo mutuo, la colaboración entre las especies en nombre de ciertas leyes mecánicas de la naturaleza, inspirada en el objetivo supremo de la fraternidad.
Se ha dado un rudo golpe al trampolín autoritario que hace derivar el Estado, la guerra y la explotación del hombre por el hombre de una premisa natural insoslayable. Se ha roto con el fatalismo de que la lucha perenne, con sus vencidos y vencedores es condición natural de la vida. Y con ello se abren amplias perspectivas y esperanzas fundadas en un futuro de paz permanente y de libre entendimiento entre los hombres, sin más poderes reguladores que no sean los de la comprensión y la voluntad libremente expresada y consentida.
Pero ello se explica todavía como algo extraño a la voluntad del hombre. Comb un fatalismo inalterable por la voluntad del hombre. Las dictaduras, los sistemas de fuerza, la aberrante sociedad capitalista están llamados a caer en virtud de su base antinatural.
Una de las divisas que expresa un tal estado de desarrollo de la filosofía anarquista es la célebre frase de Bovio: «Anárquico es el pensamiento y

hacia la anarquía camina la historia.» Dicha premisa puede compararse a otra harto desleída en nuestros días: «El capitalismo se tambalea». Contamos con abundante literatura sobre la pena de muerte que pesa sobre el capitalismo en virtud de sus contradicciones infernales. Las diversas corrientes marxistas han propagado este oráculo desde hace más de treinta años, subrayándolo en ocasión de las graves crisis económicas y políticas que sucedieron a la primera guerra mundial.
Sin embargo, el capitalismo, sentenciado a muerte por sus propios errores y por la base misma de sus leyes de desarrollo y existencia, ha continuado adaptándose a todas las situaciones, mostrando una gran habilidad de maniobra y capacidad de contemporización, ante todas las reformas y ante las mismas revoluciones. Ni el dirigismo, ni el fascismo, ni el bolchevismo han sido capaces de abatirle ni de aplacar sus insolencias.
A la literatura anticapitalista alimentada por el materialismo histórico, se juntó nuestra propia propaganda de un convencimiento absoluto en la supuesta tesis galopante de nuestro sistema económico y político.
La fase suprema en el proceso de diferenciación que hace del anarquismo una teoría propiamente definida, toma auge con la concepción malatestiana del fenómeno de la voluntad y el potencial determinativo del hombre. Ha sido necesario un análisis detenido y una disección de las premisas elementales que caracterizaron a la ciencia del siglo XIX. Ha sido necesario, hasta cierto punto, abandonar puntos de vista dogmáticos y desafiar el acervo común de las llamadas leyes comprobadas atrincheras tras el parapeto de la ciencia. Ha sido necesario abordar de frente el problema del determinismo, el de las leyes mecánicas de la naturaleza y el de la ineludible necesidad del progreso social.
La experiencia deducida de los acontecimientos, el sarcasmo de ciertos resultados, el aumento del poder y prerrogativas del Estado y un horizonte cada vez más cerrado a toda esperanza de liberación, la continua amenaza de las guerras y el fracaso de las reformas y de las revoluciones, trocadas éstas en nuevas dictaduras con fueros corregidos y aumentados; la libertad cada vez más lejana, ha obligado a reconsideraciones apenas intentadas.
J. PEIRATS.

No existe hombre político alguno que represente las aspiraciones de nuestro pueblo».
Inconsecuentes en el terreno del absurdo los diferentes sectores políticos de la emigración, han tratado de convencerse a sí mismos —a nosotros era difícil convenirnos—de la panacea irresistible que sus dirigentes respectivos poseían para resolver el problema español. Olvidando también—y a esto sí que nadie podrá argüir lo contrario—que no existe en la hora actual hombre político español alguno que represente exactamente las aspiraciones de nuestro pueblo... y que no haya cometido errores de tal magnitud que la lógica (Pasa a la tercera).

Personajes de un libro que no se escribirá

TATA
Tata era un hombre correcto. Es decir, de una corrección siempre amable y graciosa nunca venemente, jamás exaltada conservando en todo momento su buena dosis de corrección, amabilidad, ingenuidad? ¿Vaya de eso: sinceridad metódica y metódica, sinceridad ordenada y siempre correcta.
No, Tata no hubiera podido fingir; porque tenía un código, y unas leyes, y unas tradiciones a respetar. Y tenía además la sospecha de que la mentira era incorrecta y la hipocresía una falta de gusto que así que dijera la verdad en virtud de la misma razón que le hacía alienarse todos los días.
Tata, por otra parte, había aceptado la exigencia religiosa. No exageradamente, claro está, sino en una medida pulcra y limitada, con timidez quizás; porque su racionalismo rígido—Tata era racionalista, no olvidario—no hubiera podido ceder mucho terreno a la mística religiosa.
De todas formas, había logrado que su razón no impugnara la fe. Y entonces defendía la fe—no temías: el fanatismo no es correcto, luego Tata no era fanático—y calificaba de peligroso y negativo el escepticismo religioso. «Causas, razones? Una sola, simple y breve: un mundo ateo hubiera sido un mundo incorrecto.
Tata tenía hijos, y mujer, y familia, y amigos. Y les quería, podía creer que les quería—estoy seguro que cuando reflexionaba sobre sí mismo, su amor le enternecía y experimentaba un ligero orgullo de su bondad—. No sólo eso: su cariño alcanzaba para los amigos de sus amigos y para los amigos de los que no eran sus amigos. Cautivo que no llegaba nunca al sacrificio—éste no es correcto, luego Tata no se sacrificaba—ni conocía la sombra de la devoción. Porque Tata, en ese terreno, era demasiado racionalista para ser devoto.
Y no quiero olvidar un detalle esencial: Tata era elegante—pulcramente elegante, sin exageraciones—y llegaría a afirmar que era casi simpático y cordial. Cordialidad semiglaciar, pero cordialidad al fin: hecha de cortesía, de sonrisas simétricas, de gestos medidos al milímetro y palabras medidas al micrómetro. Una cordialidad, en fin, impregnada de sobria frialdad.
Tata era un hombre correcto. Un hombre serio, reposado, formal; un hombre como hay muchos, como habrá muchos.
M. P.



# «COMMUNE»

## LA REVOLUCION COMUNALISTA

La ascensión de la humanidad hacia las cumbres del progreso se halla matizada por una serie de acontecimientos, de esfuerzos y de luchas inintermitentes. Lucha contra el error de los sistemas arcaicos, contra la rutina y contra el fanatismo en el plano de la investigación científica; lucha contra los Estados, contra los ejércitos, contra la policía y contra la burocracia, defensores de los intereses de todo gobierno, de toda casta privilegiada y mandataria.

En los primeros intentos de ascenso a propulsión, de acción revolucionaria, convergieron grandes grupos humanos. La revolución francesa enfrentó la nobleza a la burguesía naciente, al clero rural, a la intelectualidad insatisfecha y a ciertas capas arruinadas o caídas en desgracia de cortesanos y funcionarios. La Revolución satisfizo plenamente las apetencias, rivalidades y enojos de estas clases. La Revolución se hizo para ellos. El pueblo, actor de las epopeyas de las Tullerías y de la Bastilla, permaneció en las mismas condiciones o peores que antes.

La revolución de 1848 situó del otro lado de la barricada a aquella burguesía sanguinaria de la Convención y del Terror. Y en la insurrección de 1871, el proletariado se encontró sólo contra todas las clases y estamentos sociales salvo reducidas élites de intelectuales.

La «Commune» era la consecuencia del despertar socialista del siglo XIX; de las teorías federalistas de Proudhon y de los sueños manumisores de la Primera Internacional. Era el resultado de la siembra libertaria de nuestros teóricos revolucionarios y por los Congresos obreros de la Internacional. Era el resultado de una recapitulación de experiencias y de revoluciones cuyos beneficios no llegaron al pueblo.

La falta de solidaridad del proletariado internacional—minado éste por disidencias perniciosas—fue la única causa de aquel epílogo sangriento que costó más de 100.000 víctimas al pueblo. Esta misma falta sería más tarde las causas que hizo posible la guerra de 1914-18 y el no menos trágico fin de nuestra revolución española.

La guerra franco-prusiana no pudo ser evitada por la Internacional. La colaboración de Thiers y Bismarck contra los comunales de París fue seguida con complacencia por uno de los primates marxistas del Consejo Federal. La tendencia autoritaria de la Internacional afianza sus esperanzas de predominio en los medios obreros mediante aquella masacre contra el proletariado francés afecto al federalismo de Proudhon.

Tengamos presente aquella gran lección harto repetida y no menos olvidada. El veneno político inyectado en la clase obrera internacional, y no los fusiles versalleses y prusianos, consumaron aquel oprobioso crimen. Disgregado el proletariado por los políticos y por la política, la burguesía y el Estado han podido someterle a sangre y fuego, permitiéndose innumerablemente las más calificadas aventuras guerreras y retrotraer al mundo al más negro de los feudalismos: al fascismo y al bolchevismo.

## Escenas de la represión

Tomamos un camino cualquiera. Bien que mal llegamos a los alrededores de Chaumont. Por todas partes gente, paseando. Desde la mañana, guardias nacionales hambrientos, se esparcían por las vecinas ventas. En cuanto a los infatigables y celosos, patrullaban a su guisa por los caminos. Situé algunos hombres, entre ellos a vuestros dos hermanos—los hermanos Reclus—, en un viejo puesto de prusianos y empecé a combinar mis rondas. No estuve mucho tiempo sin olfatear a los versalleses. Los hombres no permanecieron mucho tiempo en su puesto y corrieron tras uno de sus sargentos, quien dijo, divisando una bandera roja a través de los árboles: «¡Nuestros compañeros se hallan en aquel reducido de allá abajo. ¡Quién quiera que me siga!»

Las balas empezaron a llover. Uno de vuestros hermanos se para a recoger a un herido. Varios batallones versalleses aparecen súbitamente, avanzando al grito de «¡Viva la República!», dejando acercarse a ellos, levantando al aire las culatas de sus armas. Cuando llegan aquéllos al alcance de sus bayonetas, los pretendidos amigos gritan: «¡Viva la república! ¡De grado o por fuerza, rendi-

ros!» Nuestros parisienses, rodeados de fuerzas varias veces superiores, tratan todavía de resistir, pero pocos minutos más tarde son avasallados, muertos, heridos o prisioneros. La lucha fue demasiado breve para ser muy sangrienta. ¿Qué ha sido de vuestros hermanos? No puedo decirlo. Enrojezo de vergüenza y estallo en cólera al ver cómo los inmundos versalleses han traicionado a sus propios prisioneros. Se obliga a desfilar por las calles de la capital rural, detener ante la gente rica de los paseos a aquellos infortunados con la ropa estropeada por la lucha, fatigados por el sueño, la fatiga y el dolor de varios días.

Acogidos con insultos, todo el mundo se precipita sobre ellos para golpearlos, para lanzarles cualquier ironía grosera. Entre las víctimas hay y heridos todavía sangrando. Reciben éstos las maldiciones más duras. Sin embargo, estos hombres llevan las manos atadas, y los canallas que la vispera no hubieran osado enfrentarse, les escupan ahora a la boca y a los ojos, mientras que elegantes damas les golpean con sus sombrillas sobre los rostros bañados en sudores de angustia.

## Sadismo y pillaje de los defensores del "orden"

«Caminamos por la carretera de Versalles de cinco en fondo, encuadrados entre una doble hilera de infantería y husares. En frente vemos un grupo de caballería. Es Vinoy y su estado mayor. La columna hace un alto. Escuchamos palabras violentas y una orden de muerte. Tres de los nuestros, rodeados de soldados, franquean lentamente un pequeño puente que une la carretera con un prado rodeado de hayas y limitado al este por una cabaña en la que hay un rótulo que dice: «Duval, horticultor».

## La libertad es justicia, no generosidad

«... El pastor M. Berth me ha manifestado estar en buenas relaciones con el nuevo ministro Cassimir Perrier y que podría aprovecharlo para obtener mi libertad, siempre que yo consienta en ello. «¡Cierto!—le he contestado—yo no pido otra cosa que ser puesto en libertad al igual que mis compañeros, sin condiciones y sin

Nuestros tres amigos se sitúan en línea a veinte pasos de la casa, mostrando el pecho y levantando la cabeza:

«¡Viva la Comuna!» Los verdugos están enfrente. Les veo un instante envueltos por el humo y dos de nuestros compañeros se desploman hacia adelante. El tercero hace un esfuerzo y cae de cara al cielo. Es Duval. Uno de los ejecutores se precipita hacia él, arranca las botas a quien alienta todavía, y dos horas más tarde, entre el polvo triunfal que inunda las calles de Versalles, hace ostentación de su botín.»

promesa atentatoria contra mi dignidad. Como las palabras no me parecen menos banales que los actos, no quiero pronunciar palabras que sean humillantes ni arrogantes; pido sólo ser liberado porque la libertad es justa en sí misma, pero no quiero agradecer mi libertad a la generosidad...» (Reclus, «Correspondencia»)

La aventura de la guerra franco-prusiana acabó con el poder imperial de Napoleón III. Los traidores de la revolución de 1848 habían preparado el terreno al nuevo imperio. La revolución de 1848 la había hecho el pueblo contra el sádico régimen de Luis Felipe. La burguesía se adueñó del movimiento inundando el suelo de Francia con las orgías de sus ejércitos. Hecha la revolución, el nuevo Estado republicano se volvió contra el pueblo reorganizando el ejército, la policía y las bandas de provocadores, tarea básica de todo gobierno. La consecuencia fue el golpe de Estado de Napoleón el Pequeño, debidamente preparado por los políticos de toda laya tras violentas batallas contra el pueblo tendientes a desgastarlo y convertir el país en terreno abonado para la dictadura. El desastre de Sedán, la abdicación del tirano y la formación de un nuevo Estado grato a los propósitos del invasor, constituyeron el prólogo de la «Commune».

1789: Napoleón I; 1830: Lafayette; 1848: Lamartine; 1871: Thiers.

El pueblo de París, templado en la experiencia de varias revoluciones, herido en el alma por el desastre de una guerra estúpida seguida de una derrota humillante, revolvióse contra los nuevos poderes llamados a heredar la tradición del despotismo. Las ideas internacionalistas y el socialismo habían abonado el campo contra las soluciones burguesas. La tiranía disfrazada de república incolora, mantenedora de las instituciones burguesas y aristocráticas, no podía sorprenderles. La unidad nacional y el sobado orden político eran expresiones sin sentido después de la revolución de 1848, que destruyó a Napoleón I, la de 1830, que destruyó a Lafayette y la de 1848, que aplastó a Lamartine.

## REVOLUCIONARIA



Las primeras disposiciones de la «Commune» eran un anticipo de a dónde se proponía llegar: supresión de venta de objetos en el Monte de Piedad, abolición del presupuesto de cultos y de las quintas, confiscación de los bienes de manos muertas, prohibición de

escuelas y preparación de maestros, supresión de los símbolos de la tiranía: la columna de la Vendôme fué derribada y quemado públicamente el horroroso artefacto de la guillotina. La «Commune» abolió el juramento político y profesional e hizo un llamamiento a los sabios, a los inventores y a los artistas, instándoles a trabajar para el pueblo.

Una comisión federal de artistas no dejó de funcionar mientras más trágico era el asedio de los chalets de Versalles, quienes acusaban a los comunales de patroteros y destructores de museos. Los incendios de las Tullerías, del Hotel de Ville, del Louvre, de la Sorbona y de los teatros Chalet y Odeón fueron obra de la artillería burguesa.

Los comunales cometieron un solo crimen: su extrema confianza, la desmedida preocupación de hacer las cosas legalmente, tratando de dar a la «Commune» una firme base de legalidad. La convocatoria de lecciones y la instauración jurídica del régimen, desestimando el poder y las intenciones del enemigo.

A la voz de «¡Fuego!» de los generales, contesto el pueblo: «¡Abajo las armas!»

La «Commune» surgió potente desde los primeros momentos. El Estado imperial diezmado y desprestigiado; el gobierno provisional débil y no menos desacreditado. Thiers y sus ministros tuvieron que abandonar París ante los primeros chispazos revolucionarios. Los soldados fraternizaban con el pueblo. Los generales Thomas y Lecomte fueron los únicos fusilados por los revolucionarios por haber ordenado hacer fuego a sus soldados contra el pueblo inerme. A la voz de «¡Fuego!» los soldados contestaban con otro grito: «¡Abajo las armas!»

El gobierno de Versalles era una sombra, un fantasma. Su propio ejército una entelequia. Su orgullosa caballería «contaba con sombras de caballos». Sin embargo, la voz de «¡A Versalles!» llegó tarde. Los versalleses habían determinado ir antes «¡A París!» y tardaron tiempo en decidirse.

Los parisienses «habían querido legalizar por el sufragio—según Luisa Michel—el nombramiento de los miembros de la «Commune» bajo pretexto de no provocar la guerra civil...» y «cuando los ge-

## "Consulten a mi mujer; ella decidirá"

Ayer recibí carta de Maunoir, secretario de la Sociedad Geográfica. Me dice este amigo que se propone una gestión colectiva de la sociedad para obtener mi libertad. Solamente, me dice, que sería posible que se me pidiese un compromiso formal, una promesa, un juramento cualquiera o por lo menos una frase de humildad mediante carta privada. Ya puedes figurarte lo que contestaría. No se cuál será mi porvenir; ignoro por tanto qué línea de conducta me dictará mi conciencia. Pero no puedo suscribir ningún compromiso cuyos términos no sea yo sino otros los llamados a sopesar. ¡Cosa extraña! Cuando la Sociedad, dado el estado de disgregación y de desmoralización en que se encuentra, tiene necesidad de todas las personas rectas y conscientes, los amigos suponen, que para entrar en la vida libre debería yo empezar por envilecerme. Ordinariamente se tiene el criterio de que las mujeres son consejeras de la cobardía; por tanto, estuve tentado de escribir a Maunoir: «Vaya a consultar a mi mu-

nerales, contentos esta vez, juzgaron que no faltaba ni un botón en su uniforme ni filo a su sable, Versailles atacó». El día 2 de abril, hacia las seis de la mañana, París fué despertado por el cañón. Se creyó primero que era una fiesta de los prusianos que rodeaban la ciudad. Sin embargo, era más que una fiesta, era una orgía de sangre para la que se preparaba la reacción. Más de cien mil vidas no bastarían para aplacar tanta sed de sangre.

«¡Hay que acabar con los lobos, las lobas y los lobeznos!»

«Una guerra sin tregua y sin piedad es la que declaró a esos asesinos», decían los generales versalleses. La guerra empezó con carnicerías terribles, con fusilamientos a mansalva, apilando contra los muros a hombres, mujeres, ancianos y niños. «¡Hay que acabar con los lobos, las lobas y los lobeznos!», repetía Thiers. Los prisioneros que lo eran por azares de la suerte—se fusilaba en el acto y sin formación de causa—eran llevados en peregrinación hacia Versalles para servir de objeto de escarnio a las queridas de los militares, siendo golpeados por éstas con las sombrillas, pateados y escupidos. Las cárceles y fuertes quedaron abarrotados de presos. Suciada la furia del primer impulso, empezó a funcionar la máquina de los consejos de guerra, que tenían que durar hasta junio de 1876. ¡Cinco años de terror! Las deportaciones a Cayena y a Caledonia culminaron esa época de martirio del proletariado en la senda de su emancipación.

Para hacerse una idea de cómo quedó la población de París bastará consignar que de 80.000 trabajadores empleados en la metalurgia, sólo unos dos mil pudieron regresar a sus talleres. Los restantes sucumbieron, estaban presos, deportados o emigrados.

Cerramos esta glosa con las palabras de Jerré, miembro de la «Commune», pronunciadas ante el tribunal que le condenó a muerte:

«Miembro de la «Commune» de París, estoy a manos de mis vencedores. Ellos quieren mi cabeza. Bien, que la tomen. Jamás querré salvar mi vida con un acto de cobardía. Digno he vivido y digno quiero morir. He aquí mi última palabra: dejo el porvenir a cargo de mi memoria y de la venganza.»

(Reclus, «Correspondencia»)

## Se puede ser libre aún dentro de la cárcel

«Puedo explicarte ahora el por qué de mi traslado aquí. Posiblemente estarás enterada de que el ministro Simón, secretario de Instrucción pública, ha visitado todos los departamentos de nuestra prisión. Vino a Quélern rodeado de generales y otras gentes provistas de sables y de sombreros empiumados. Antes de partir ha querido verme para pedirme si me hacía falta algo. Pero como desprestio a ese hombre, me negué a presentarme ante él manifestando que no tenía nada que pedirle. Y a pesar de que se mostró enojado, según he sabido, declaró que quería aliviarme a pesar mío y decidió, de acuerdo con el director, que se me transfiriese a Treberón. Podían haberme conservado en Quélern, pero, por lo visto, ejerció yo allí demasiada influencia sobre mis compañeros de prisión; somos demasiado buenos amigos y mis lecciones no gustan al director aunque no osara jamás prohibirlas. Quiso, pues, romper nuestros lazos de concordia y de buena voluntad y he aquí el por qué de haber sido trasladado a esta isla. Cuando el ministro estuvo aquí dió órdenes de vigilar estrechamente mis actos y de encerrarme en mi departamento. Y puso en mi puerta un soldado para que me siguiera por todas partes con un fusil cargado a la espalda...»

(Reclus, «Correspondencia»)

## LOS TRES HERMANOS

por JULIO PATAN

Durante una hora que duró el ascenso de la montaña, los tres hermanos, permanecieron mudos. En cabeza, iba Ricardo, el más joven de los Abriales seguido de Antonio y Miguel. Cuando llegaron a la cima, hicieron un alto. Miguel y Antonio echaron por tierra rendidos, desechos. Ricardo mantuvo de pie escuchando, atento al menor ruido, siempre ojo avizor.

—Descansad un poco. Dentro de tres horas reanudaremos la marcha. Yo vigilaré—dijo Ricardo.

—Y ahora... ¿qué hacer?—preguntó con desfallecimiento Miguel, el mayor de los hermanos.

—Por el momento—repuso Antonio—no te preocupes de «lo que vamos a hacer». Aquí, en el Norte, hemos sucumbido. Pero la guerra, aún no está perdida. Si hay que morir será matando... Y, ahora, duerme que bien lo necesitas. ¿Quieres comer algo?

—No, prefiero dormir.

—Miguel—interrumpió Ricardo—, ten ánimo. Ya verás cómo todo sale bien. Intentaremos pasar por el Guadarrama...

—No sé, hermano... Tengo el presentimiento que de ésta no salimos.

Callaron. Antonio y Ricardo echaron dos mantas sobre su hermano. El primero hurgó en el «macuto» y sacó algo de comer. Ofreció a Ricardo:

—Toma, come un bocadito.

—No tengo apetito. Come tú.

Ricardo tocóse las bombas que llevaba en el cinturón, palpó la funda de la pistola y cerciórase de que ésta estaba allí. Luego, se alejó examinando el terreno.

De retorno, Abriales vio que sus hermanos dormían profundamente. Ricardo sintió gran satisfacción de ver aquel sueño. Subióse el cuello de la chaqueta «canadiense» y echóse por el suelo. Empezaba a hacer frío. Ahora en la noche, desde aquella atalaya del Pajares, oía el ronroneo de motores, vtores y descargas cerradas en lo alto del puerto donde Falange asesinaba en masa a los «rojos»... Y por los faros encendidos veía desfilar en zig-zag hacia Campomanes la larga caravana de coches y camiones. Esto le recordó los días de octubre en 1934 allá por tierras de León. Y sin saber por qué, evocó a su hermano mayor que, evocó a su hermano mayor con amargura. A Miguel le quería como si fuera su padre. Y era Miguel el que en estos momentos había de sufrir moralmente mucho, porque su hermano tenía

madera de mártir. Aquel hombre, si saber definir la libertad, sabía batido por ella en octubre por la razón de que sus hermanos también se batían. Y sacrificó su mujer y sus cinco pequeños, soportando con estoicismo las torturas en los cuarteles de la guardia civil, rotando por Santocildes, acatando con resignación la condena por los tribunales militares para luego sufrir aquellas terribles «condiciones» hacia Valladolid, Burgos, Ocaña... Todos los días, cuando en el presidio se leía en alta voz la correspondencia, Miguel esperaba ávido a que el oficial pronunciara su nombre. Cuando no tenía carta, veía lo retirarse triste y en sus ojos negros, en los que se reflejaba un alma noble y cándida—un alma de niño—brillaban esos rocíos del dolor que a veces se expresan sin lágrimas. «Mañana tendrás noticias»—decíale él. Es que la pobre Luisa no podría escribirle todos los días; había que ser razonable. Y al día siguiente, rasgaba nervioso el sobre y, en un rincón del patio, saboreaba con vehemencia aquellos renglones refritos con toda regla gramatical, pero que hablaban al corazón con emoción, con tanta emoción, que ahora escapábase una furtiva lágrima.

Que cómo estaba Luisa? ¿Y los «chavales»? Bien, todos bien. Luisa recibía alguna ayuda de los amigos que estaban fuera». Tomás sin embargo un poco enfermo; algo de bronquitis. Pero ya se encontraba mejor. Todos los días preguntaba cuándo iba a venir su papá. Ella no le decía que estaba en la cárcel; papá trabaja en las minas de Fabero y pronto vendría. En fin, por correo le enviaba una muda y un poco de comida. Que no olvidara de abrigarse bien porque ya sabía que se encontraba muy delicado; recuerdos para Antonio y Ricardo... Y esa misma carta, en el silencio de la celda, la leía y releía cinco, seis veces...

Cuando en febrero del 36 salió del penal, vio a Miguel ser feliz.

Atravesaron los campos de Castilla en autobús y en cada pueblo, los trabajadores unidos por una misma aspiración, recibían con gran entusiasmo a los «presos». Confundido por tanta fraternidad

## SENTENCIA

Hoy, día 15 de noviembre de 1871, el Consejo Permanente de Guerra de la Primera División Militar, reunido en Saint-Germain, oído el comisario del Gobierno en sus requisitorias y conclusiones, ha declarado al nombrado Reclus Eliseo-Santiago, escritor geógrafo, culpable de porte aparente de arma en el movimiento insurreccional de París y de haber hecho uso de esas armas. El Consejo ha admitido las circunstancias atenuantes.

En consecuencia, dicho Consejo condena por mayoría de cinco votos contra dos, al llamado Reclus Eliseo-Santiago, escritor y geógrafo, a la pena de deportación simple en aplicación de los artículos 267 del Código de Justicia Militar, 5 de la ley del 8 de junio de 1850, 463 del Código Penal y 133 del Código de Justicia Militar.

Visto el artículo 139 del Código de Justicia Militar, el Consejo condena al susodicho Reclus Eliseo-Santiago a reembolsar de sus bienes presentes o futuros, en provecho del Tesoro Público, el montante de gastos del proceso.

La presente sentencia empieza a ser efectiva a partido del día de hoy, 15 de noviembre de 1871.—El Comisario del Gobierno.»